

FERNANDO FERNAN GOMEZ

España, donde todo el mundo habla de sí mismo, es país de escasos autobiógrafos, muy parco en memorialistas. Se ha vivido, sin embargo, mucho en las últimas décadas, y la

historia ha percutido con fuerza sobre todos nosotros. Poco espacio puede ofrecer una revista para el desarrollo de una autobiografía; pero nosotros creemos que con esa condensación se puede reflexionar sobre lo vivido, y sobre la circunstancia. Esta sección que comienza hoy tiene ese propósito.

EL OLVIDO Y LA MEMORIA

ALLA por los lejanísimos años de la posguerra de la primera guerra mundial, una muchacha madrileña, hija de una costurera y de un regente de imprenta, se colocó de mecanógrafa en una tienda, me parece que de máquinas de escribir, que había entre Tribunal y la glorieta de Bilbao. Por dicho establecimiento acertó a pasar el representante de la compañía teatral Guerrero-Díaz de Mendoza, quien, impresionado por la belleza y la buena planta de la muchacha, Carola se llamaba, le hizo una casi deshonesta proposición: que se dedicara al teatro, ingresando en la compañía de mayor prestigio, donde tendría como maestra de su nuevo oficio nada menos que a doña María Guerrero.

Carola, que ya estaba enamorada de Iván Mosjugin y de Rodolfo Valentín y que se partía de risa con las películas del cómico Sandalio—cuyo nombre aplicaba al dueño de la tienda, que le tiraba los tejos—vio el cielo abierto. O, mejor, creyó que el cielo había descendido a la tierra.

Precisamente allí, en el cielo, puso el grito el regente de imprenta cuando se enteró de que su hija quería dedicarse a un oficio tan lleno de peligros para una chica joven y guapa. Pero tomó partido a favor de ella la costurera, ya retirada y convertida en ama de casa, según exigían las costumbres de la época. Eran ambos de armas tomar, y, por lo que ha llegado a mis oídos, las tomaron y no exclusivamente dialécticas. No consta quién venció en la escaramuza, pero

Fernando Fernán Gómez, actor y escritor. Protagonista en el escenario y en la pantalla, y protagonista de una vida de nuestro tiempo. En esta fotografía, intérprete de «A los hombres del futuro, yo, Bertolt Brecht», que contenía un alegato contra el nazismo.

autobiografía

el caso es que la madre y la hija se marcharon de casa, y Carola se dedicó a la escena.

En los primeros meses, doña Carola fue una madre de teatro y acompañó a su hija en una breve gira; pero al año siguiente la compañía debía hacer una gira más larga, por países más distantes, se iba nada menos que a América, y a doña María Guerrero no le parecía bien que las mamás de las actrices acompañasen a las niñas en la excursión. Hubo las pertinentes discusiones, habló con doña Carola el representante de la compañía, habló el mismísimo don Fernando Díaz de Mendoza, y la madre y la hija fueron convencidas, supongo que la hija con poco esfuerzo, y Carola partió para las Américas, que habría de recorrer durante un año, desde Méjico hasta Argentina, separada de su madre, confiada a la tutela de las personas serias de la compañía. Y, como es natural, nació.

Recuerdo haber leído no sé dónde que no se debe escribir sobre la propia infancia, porque la infancia de todos los hombres es la misma. Efec-

tivamente, yo nació, como todo el mundo, en Lima. Pero no me registraron allí, sino que, como a todos los hombres, me sacaron del Perú casi de contrabando, porque la compañía continuaba su gira, y fui inscrito días después en Buenos Aires. Mi abuela, como las abuelas de todos los demás, tuvo que desplazarse —a sus sesenta años de costurera madrileña— a la ciudad del Plata para hacerse cargo del evento, ya que mi madre se había contratado en otra compañía trashumante y no sabía qué hacer con aquel regalo de la Providencia. Durante algunos meses, también como todos los niños, tuve un ama negra.

Aproximadamente nueve meses después, mi abuela me trasladó a España. Muchas veces me contó aquel viaje en barco, cómo un médico alemán le recomendó que me echara unas gotas de coñac en las papillas y me diera a comer muchas uvas peladas. Guardó siempre una gran admiración y un profundo respeto hacia aquel médico, porque me salvó la vida —Yo pensaba: si se muere en el barco, le echarán al mar—, contaba después, llorando, a las visitas—, operándome de no sé qué dolencia en el cuello o en la garganta. Años más tarde, al considerar mi comportamiento ante algunos empresarios y ante algunas mujeres, he pensado si aquel médico no me operaría de meningitis.

Los primeros años de mi vida transcurrieron en pensiones de cómicos y en casas de amigos. Recuerdo la de Paco, el sastre, en el Pasaje de la Alhambra, quizá la misma casa en la que andando el tiempo viviría Lola, espejo oscuro; también, la de Aurora, la separada del guardia civil, y la pensión Adame, en la calle de Carretas. En nuestro cuartito de esta pensión, pregunté una tarde:

—Abuela, ¿dónde está mi papá?

—En España —me contestó ella:

La respuesta no me pareció satisfactoria, pero yo, a mis cuatro años, ya sabía que los niños no debían pre-

guntar demasiado. Y me quedé pensando en España, que para mí entonces era una gran superficie amarilla. Como aún no conocía la meseta castellana, es probable que aquella imagen la sacara de la contemplación de la bandera, a la que, en mi imaginación, había suprimido las dos franjas sangrientas.

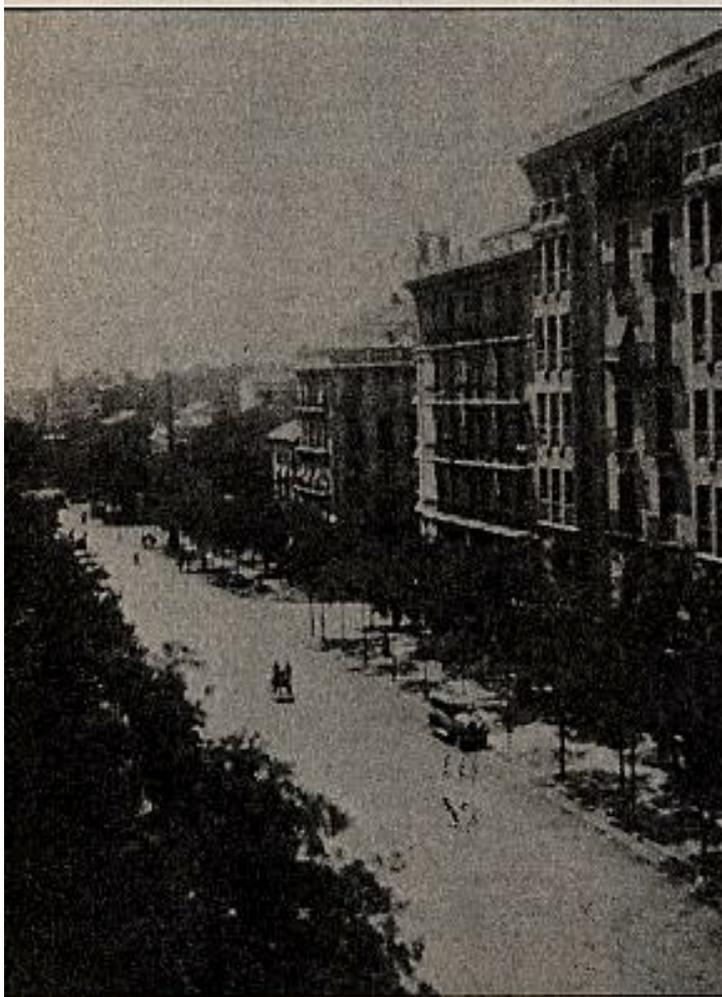
Mi abuela me enseñaba a leer, me recortaba largas tiras de muñequitos de papel, me hacía cucuruchos que nos poníamos en los dedos, me duchaba con una regadera, me enseñaba a rezar, me llevaba a paseo desde la calle de Carretas hasta la plaza de Santa Ana, pasando por la calle de Cádiz en la que compraba —o le regalaban— puntas de colines, y por el callejón del Gato, en el que nos mirábamos en los espejos deformantes. Otras veces, tirábamos para el otro lado, por la calle del Arena y nos íbamos por la mañana a Palacio, a ver la parada, que era como se llamaba popularmente al relevo de la guardia.

Para mí, mi abuela era la ternura, el calor, la compañía; mi madre, el misterio, la lejanía, la belleza. Jugaba yo en la plaza de Santa Ana con otros niños desconocidos, comía el bocadillo de carne —que no me gustó nunca, aún lo recuerdo— y después, la naranja que mi abuela pelaba tan bien, sacando la cáscara entera como una larga serpentina. Y allí, por el fondo de la plaza, donde está aún Villa Rosa, doblando la esquina, se dibujaba una aparición sonriente, venía hacia mí llena de belleza. Era mi madre. Lo más bello que había en toda la plaza. Me traía besos, abrazos, un regalo, un juego de dominó con las fichas de chocolate, una caja de lápices de colores.

El peor recuerdo de mi infancia es el bachillerato, la aridez de los libros de texto, el terror que nos inspiraban algunos profesores, el miedo a los exámenes. Me sentía un niño malvado, injusto, al no estudiar, al no pagar de alguna manera los sacrificios que por mí hacían aquellas dos mujeres. Así me lo reprochaba don Alejandro, el director del colegio. Pero estudiar era imposible, habiendo quioscos llenos de novelas, y condiscípulas tan guapas, y cines, y teniendo toda la calle para jugar.

Este es, en cambio, mi mejor recuerdo: la calle, el día en que mi abuela, una mañana templada, con sol, me sacó a la calle, buscó un chico con la mirada, le llamó ¿cómo te llamas?, Vicente, éste es mi nieto Fernando, hala, a ver quién corre más. Nos dio sendos empujones, y se marchó a la compra. Vicente, el de la verdulería, fue mi primer amigo de la calle. Mi abuela acababa de hacerme

La calle de Alvarez de Castro en la época de la niñez de Fernando Fernán Gómez.





En San Sebastián, con su madre, la actriz Carola Fernán Gómez: una belleza de su tiempo.

el mejor regalo de mi infancia y uno de los mejores que me han hecho nunca. La calle de Alvarez de Castro, con sus dobles filas de acacias frágiles, que hoy ya son robustas, con su suelo de tierra, que nosotros, los chicos de la calle, vimos asfaltar, esa calle con sus solares que se iban poblando, con su verbena del Carmen que se alzaba como un grito de alegría todos los veranos, esa calle que creció al mismo tiempo que yo, con sus golfos, con sus hijos de obreros, con sus hijos de empleados de la clase media, que era tan ancha, tan hermosa, tan tranquila, tan dispuesta para el juego, fue mi paraíso, y es hoy mi paraíso perdido.

Nueve años tenía cuando mi abuela me echó a correr en libertad, y había de tardar muy pocos meses en decidir lo que quería ser. Quería ser dos cosas: el niño actor Jackie Cooper y escritor de novelas de Salgari. Para conseguir lo primero me apunté en el Cuadro Artístico del colegio, en el que todos eran mayores que yo, pero me admitieron por ser hijo de actores y debuté con un papel de camarero en «El padrón municipal», de Vital Aza. Para ayudarme a lo segundo, me compraron una máquina de escribir

Corona, portátil, y durante unos meses me dieron clases de mecanografía.

Aparte de las expansiones físicas de los juegos, el fútbol, el rescatado, la toña, pídola..., cuando pascábamos charlando o nos sentábamos alrededor del tronco de un árbol, los dos temas que nos apasionaban a los niños de entonces eran el sexo y la política. Al sexo no lo llamábamos el sexo, lo llamábamos «las mujeres», pero era lo mismo. De política estábamos todos muy enterados, y fascismo, comunismo, Gil Robles, Prieto, Largo Caballero, Azaña, La CEDA, eran términos que manejábamos con gran soltura y conocimiento. La otra materia nos resultaba más misteriosa, y escuchábamos con gran atención las explicaciones de los que eran un poco mayores, que siempre acababan poniéndonos los dientes largos, valga el eufemismo. Por lo que a mí respecta, en cuanto a política, era liberal, anarquista, católico —éste era un concepto político— y un poco de derechas por parte de madre, aunque nunca conseguí ser monárquico como ella. Mi madre era monárquica porque, en los tiempos en que empezó en el teatro de la Princesa, Alfonso XIII solía ir a

un palco a ver las representaciones. En cambio mi abuela se consideraba liberal porque de niña y de joven participó en varias algaradas, y socialista porque su marido tenía el mismo oficio que Pablo Iglesias y le había conocido. Aparte estos motivos circunstanciales, a mí las razones de mi abuela para protestar, siempre me parecieron más válidas que las de mi madre para estar conforme. El caso es que cada una tiraba para su lado y yo, a veces, me veía obligado a comportarme con cierta hipocresía. En algo tenía más claro el problema. Cuando andaba por los trece o catorce años, mi abuela insistía en su tendencia a vestirme de pobre y mi madre era partidaria de disfrazarme de chico rico. En esto, yo estaba con mi madre.

Y, como todos ustedes saben, estalló el glorioso alzamiento nacional y al día siguiente la revolución obrera. No creo que fuera por las discusiones que Vicente el de la verdulería, yo y los otros chicos manteníamos alrededor de los troncos de las acacias.

Los más despabilados se apresuraron a adquirir víveres para cinco o seis días, porque a lo mejor aquello se prolongaba. Se prolongó. El frío, el hambre, el miedo a los obuses de los nacionales, las noticias de los paseos, de las batallas, pronto fueron un componente cotidiano de nuestra vida. Y se les daba aún menos importancia de la que realmente tenían, porque lo cierto es que todas aquellas miserias, aquellos desastres que entonces creímos asumir como hechos sin trascendencia, nos marcarían para siempre.

A pesar de que los acontecimientos históricos dejaban en suspenso la vida del país, yo seguía creciendo, que en esto sí era igual a los demás niños, y aquellas dos mujeres discutían a veces sobre qué podían hacer conmigo. «Un oficio limpio», opinaba mi abuela. «Obrero, de ninguna manera», replicaba mi madre. «Cuando esto pase, que empiece una carrera». La más aseQUIBLE nos parecía Derecho. A mí me gustaba mucho el modo de actuar de los abogados defensores en las películas americanas, y no tenía nada en contra de esa elección. Pero como en casa no había dinero para comprar lo poco que entonces se podía comprar, y además, era obligatorio trabajar, porque sin «carta de trabajo» no se podía circular por la calle, y ya que mi gran vocación era recitar versos y actuar en el Cuadro Artístico del

autobiografía

colegio, se decidió que en cuanto cumplierse los dieciséis años sacase el carné de actor, que, al fin y al cabo, era para lo que había nacido. Hasta que llegase ese día, iría a estudiar declamación con Carmen Seco en una escuela de arte dramático que acababa de organizar la CNT. Todavía andan por los escenarios bastantes actores de los que allí nos iniciamos. A pesar del hambre, del frío y del miedo, lo pasábamos bien allí dando clases de declamación, ensayando funciones, charlando chicos y chicas, todos unidos por una misma afición, aunque también hubiera los que acudían sólo por entretenimiento.

Como los actores jóvenes estaban todos en el frente, era fácil encontrar puesto en los teatros y pronto entré de comparsa en el Pavón, especializado en dramas políticos. Mi primera intervención como profesional consistió en levantarme de una butaca y alzar el puño. Inmediatamente pasé, ya no como comparsa sino como actor, a una compañía de vodeviles que actuaba en el teatro Eslava. La primera vez que salí como profesional a un escenario, no conseguí pronunciar ninguna de las dos frases en que consistía mi papel. Mi interlocutor, actor experimentado, cubrió las lagunas sin darle ninguna importancia al suceso. A partir del día siguiente sí pude hablar. Pero mi vocación de actor teatral se debilitó mucho esos días. El ambiente del teatro me pareció sórdido, lóbrego mi camerino, estúpida la comedia, ajeno el público, distantes a mí los otros actores, mucho mayores que yo. Estaba deseando terminar mi intervención, para correr a la escuela y encontrarme de nuevo con mis compañeros, con mis amigos, y charlar de teatro y de libros y recitar versos. Algo había chocado contra mí en el teatro, algo que me hacía ver que aquello era casi lo opuesto a mi vocación, que por aquel camino no llegaría a ser Jackie Cooper, ni Wallace Beery, ni Spencer Tracy, ni Leslie Howard ni nada que se le pareciera.

A veces caían obuses a la puerta de los teatros, causaban desperfectos y se suspendía la representación. En el teatro Eslava había otra esperanza: los ataques histéricos que frecuentemente le daban a la primera actriz, también motivo de suspensión si se producían antes de las seis de la tarde. Me despertaba todos los días pensando en esas dos posibilidades. A pesar de los buenos ratos que me ha proporcionado después mi trabajo de actor, este deseo constante, diario, de que la representación se suspenda y conseguir con eso un trocito de inesperada libertad, no he podido apartarlo nunca de mi cabeza.

Terminada la guerra, vino el paro. Empecé de nuevo la profesión, esta vez como meritorio sin sueldo. Volví a ser actor que cobraba. Volví a quedarme parado. Guillermo Marín me colocó en otra compañía, que se fue al garete. Empecé por tercera vez como meritorio. Y en esta ocasión tuve la suerte de que fuera en el teatro de La Comedia, donde «el autor de la casa», como se decía entonces, era Enrique Jardiel Poncela, el hombre que más hizo por mí en mis comienzos. Nunca podría haber pensado en papeles como los que él me confió, a mi edad, aun sin cumplir los diecinueve años, si hubiera tenido los pies en la tierra; pero por un lado mi vocación, mi absoluta decisión de pasarme la vida viviendo las vidas de otros, dejándome traspasar por sentimientos sin causa, y por otro, mi necesidad irreprimible, urgente, de «colocarme», de triunfar, de ser alguien, me elevaban muy por encima de la realidad y me impedían comprender por qué algunos actores de la compañía se indignaban, protestaban y conspiraban para quitarme aquellos papeles. Yo —un yo con mayúscula— estaba tan contento, tan orgulloso dentro de «el Pelirrojo» de «Los ladrones somos gente honrada», y consideraba lógica la elección de Jardiel, ya que Yo era el mejor actor que Yo conocía, y si no lo había demostrado aún, era porque no me habían dado oportunidad.

Pero en una de sus comedias «Los habitantes de la casa deshabitada», a mi protector se le ocurrió darme un papel corto, feo y, además, de esqueleto. Yo acababa de enamorarme de una chica de la compañía. ¿Cómo iba a pasarme tres o cuatro meses por los camerinos, por los pasillos, ante ella, hablando con ella, enamorándola, vestido de esqueleto, yo que, además, tenía un físico tan adecuado para dicho personaje; yo, que si me atrevía a cortejarla, era porque pensaba que podríamos hacer el amor a oscuras? Si no hubiera perdido mis creencias religiosas, me habría pasado aquellos días rezando para que ocurriese un milagro. No podía despedirme de la compañía, en primer lugar porque me quedaba parado y en segundo porque adeudaba al empresario don Tirso Escudero trescientas pesetas que le había pedido en San Sebastián para comprar jamón cuando al mirarme al espejo de la pensión vi ante mí una calavera con manchas sonrosadas en los pómulos. Aunque no tuviera ya creencias religiosas, Dios existía aún y sentía una rara predilección por mí. Una mañana me llamaron de Cifesa, ¡Cifesa! Aquello era como decir Hollywood, para nosotros,

los actorcitos españolitos que estábamos viniendo al mundo en la posguerra. Gonzalo Delgrás, uno de los directores más prestigiosos del momento, me contrataba para hacer un personaje cómico de joven extranjero en «Cristina Guzmán, profesora de idiomas». Me preguntaron cuánto quería cobrar por aquellos tres meses de trabajo y dije que más de las trescientas pesetas que adeudaba. Me dieron bastantes pesetas más, un abrigo, un esmoquin y un traje gris a rayas; devolví a don Tirso las trescientas, comencé mi trabajo de actor cinematográfico y no me vesti de esqueleto.

A partir de entonces, casi toda mi vida profesional ha estado trabada con mi vida con las mujeres, con lo que algunos llaman la vida sentimental. En todos los casos en que he podido elegir, he dado preferencia a esta última. Cuando alguna vez no lo he hecho, ha sido por error, por no haber caído a tiempo en la cuenta, y después me he arrepentido de ello, porque para mí los logros más importantes que se pueden alcanzar, los que pueden ser más auténticamente satisfactorios, están siempre en la vida íntima.

Se ha insistido bastante en que el amor es una enfermedad; para mí la enfermedad es el desamor, y eso que llamamos amor es el remedio, la medicina buscada, y para muchos inexistente, que nos cure del desamor, del presentimiento de soledad inminente con que el hombre se ve a cada momento amenazado. «Amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario», dijo don Antonio, y nunca mejor expresado lo que algunos buscamos, por medio del amor, en la pareja, aunque al final acaben dándonos con la puerta del hospital en las narices.

En este conseguirlas y ser abandonado, en este múltiple intento de lograr la pareja, una pareja en la que haya algo más que compañía, que convivencia, que recuerdos y proyectos, ese algo más que llamamos amor y que roza las zonas del espíritu, sin que sepamos lo que son ninguna de las dos cosas, en este intento, digo, se le van a uno los años, trabando, intentando trabar —contra el consejo de muchos— el amor con el trabajo, para que el trabajo no esté falto de amor.

Lo malo es que en ciertos casos, como el mío, cuando uno quiere lograr la pareja a fuerza de insistir, se encuentra con otras que quieren lograrla a fuerza de variar. Ese recelo, esa desconfianza, que se transforma poco a poco en tremenda agresividad, de muchas mujeres, capaces de originar de un día para otro los mayores

desastres, lo atribuyo a su supuesta indefensión, a su sensación de inferioridad, que las lleva a defenderse violentamente, como a ciertos maniacos, de enemigos que no son tales. Y qué terrible facilidad la suya para abandonar la temerosa trinchera y lanzarse a la ofensiva sin cuartel.

Así, de destrozo en destrozo, de derrota en derrota, amable lector, ha ido transcurriendo mi vida sentimental. Así me vi abandonado por otro más guapo, o más viejo, o más alto, o por un guardiamarina, un portugués, un torero, un marqués, un homosexual, un señorito, un negro con ladi-llas, un francés, un venezolano, un italiano, un pintor... Quizá, en mi caso, esto ha ocurrido también porque en nuestro ambiente abundan las mujeres que cuando oyen hablar del amor libre, toman el rábano por las hojas.

Desde muy pequeño he estado enamorado de Marlene Dietrich. Me creí el mito de una mujer cuyo atractivo era tan incommensurable que destruía la vida de los hombres. Varias veces he comentado entre amigos que los años que me había tocado vivir eran decepcionantes en este sentido, porque ya no existían aquellas mujeres fatales de entreguerras de las que nos hablaba la literatura, los periódicos, el cine. Hacia la mitad del camino de mi vida, una mujer bellísima y muy inteligente con la que había tenido escasos días de intimidad, estando sentados en un aguaduco de la Castellana, en un momento en que se creó entre los dos un silencio y yo dejé vagar mi mirada por las hojas de los árboles, por los coches que transitaban por la calzada, apoyó su mano en la mía y me dijo, mirándome con su mirada inolvidable:

—A ti no se te puede destruir, Fernando. Tu ya estás destruido.

En fin, decíamos que ya era actor cinematográfico. Pero actor cinematográfico español, que significaba y significa, algo bastante distinto a lo que eran los americanos de la época dorada que tomábamos como ejemplo.

Durante bastantes años creí que en mi oficio, había triunfado muy pronto. Hacía ya tanto tiempo de «Balarrasa», de «Botón de ancla», era yo entonces tan jovencito... Pero un día me di cuenta de que desde que pisé el escenario de Eslava y no pude decir ninguna de las dos frases, hasta que la gente empezó a conocerme por la calle, aunque sin saber mi nombre —me llamaban Balarrasa o «el que se muere en 'Botón de ancla'»—, habían pasado once años. Once años de personajes estúpidos, de películas casi siempre inocuas, de sueldos miserables, de hambre, de largas épocas de



En un Festival de Cannes: los tiempos de «Faustina».

parada, de momentos —larguísimos momentos, momentos que no deben llamarse así— de desaliento, de desesperanza. Tenía suerte en mi trabajo, sobre todo si me comparaba con otros, pero a veces no las inmensas cantidades de suerte que en este oficio hacen falta para ser algo. Lo mismo que me ayudó Jardiel en el teatro, me ayudó Sáenz de Heredia en el cine. Con este último hice cuatro películas en muy pocos años. Era el director más importante de aquella época como en teatro era el más solicitado Jardiel. Eso fue mi suerte, porque si me hubieran admirado, intentando ayudar, otras personas menos situadas, mi carrera hubiera sido bien distinta.

Hace algunos años, a finales de la era franquista, cuando la mayoría de los españoles eran de izquierdas, quiero decir poco antes de descubrirse que la mayoría eran monárquicos de derechas, muchos periodistas me preguntaban agresivamente que, dadas mis tendencias, cuál era mi opinión sobre aquel tiempo en que me había especializado en papeles de cura y de militar. Pues bien, pasé algunos años bastante deprimido por no tener aire castrense o aspecto clerical. Los mejores personajes que se repartían solían ser de aquella índole. Tenía la idea de que para alcanzar el éxito lo mejor era que le confiaran a uno un personaje cómico con ribetes de drama, que en una escena se emborrachase y al final se muriera. Si el personaje era cura o militar, miel sobre hojuelas, ya que la película

ofrecía más garantías de éxito. Pero tal mezcolanza parecía imposible. Y me ofrecieron un papel de guardiamarina en «Botón de ancla», un personaje cómico que al final se moría. Llegó la popularidad. Y, poco después, cosa de magia, me ofrecieron el personaje de un militar juerguista y borracho, alegre, divertido que se metía a cura y al final también se moría: Balarrasa. Fue la consagración, dentro de lo que cabe.

Siempre he estado muy satisfecho, muy orgulloso, de haber interpretado aquellos papeles de curas y militares.

Al fin estaba colocado. Comencé a comer bien, a hacerme trajes caros, a vivir en hoteles de lujo, a ir por la noche a sitios cubiertos y con música y baile, que hasta entonces lo que hacíamos era pasear por las calles o, todo lo más, tomar café.

Como era rico, me ofrecía en plan de mecenas para el Premio Café Gijón de Novela Corta. Pagaría todos los años mil quinientas pesetas al autor premiado y sufragaría los gastos de la edición. Mi afición a las letras, mi vocación de ser escritor de novelas de Salgari, no me había abandonado, aunque el pobre Salgari había quedado atrás, y Rubén Darío, Azorín, Cervantes, Saroyan, Gómez de la Serna, los de la generación perdida, los socialistas de entreguerras y quien sabe cuántos más, le habían arrebatado la señal. Mi amigo y compañero de colegio Francisco Loredó, otorrinolaringólogo y poeta, al que tantos actores debemos gratitud, me había llevado años atrás a la tertulia literaria de José García Nieto, de la que nacería «Garcilaso (juventud creadora)». Como nos daban envidia los del Nadal, de Barcelona, con sus votaciones a lo Goncourt y sus cenas, fundamos nosotros nuestro premio. Pero pronto García Nieto me aconsejó que lo dejara, ante las conspiraciones, los teje-manajes, los cabildos que se montaban para presionar a los jurados. Dejamos aquello y continué siendo, como había sido hasta entonces, más bien un miembro oyente de la tertulia.

La aversión que concebí hacia el teatro al iniciarse mi trabajo como profesional, no era hacia el teatro en sí, sino al ambiente de los escenarios, a la representación cotidiana del mismo texto, a la frialdad del público de diario. Pero había una gran diferencia de calidad y de intención entre los textos teatrales que no había dejado de leer y los de las películas insulsas en las que actuaba. Tuve ocasión de satisfacer lo que aún me quedaba de vocación teatral dirigiendo durante algunos años con Francisco Tomás Comes —ahogado después en los mares de la burocracia—

autobiografía

cia- el Teatro de Ensayo del Instituto de Cultura Italiana. Lo pasamos muy bien allí, aficionados y profesionales, ensayando gratis durante meses y meses, para representarlas después un sólo día, funciones de Maquiavelo, Pirandello, Casona, Valle Inclán, Betti, Fabri... Era un trabajo marginal, marginado, sin censura, ya que se amparaba en la extraterritorialidad, que contaba como espectadores sólo con un pequeño grupo de académicos, autores, técnicos y críticos, pero que a nosotros, los que con tanto amor nos dedicábamos a él, nos produjo muchos momentos de alegría. También organizamos allí, en el Instituto, la primera exhibición de películas del neorrealismo italiano, que tanta influencia habían de tener sobre el cine español de aquellos tiempos, sobre todo a través de Bardem y Berlanga.

Contra lo que pudiera parecer lógico y natural, a partir de «Balarrasa» mi carrera cinematográfica cayó en una especie de marasmo. Me convertí en un actor bien cotizado al que se le utilizaba para ponerle a la cabecera de los repartos de películas casi siempre mediocres porque, con arreglo al sistema de protección vigente era necesario justificar gastos.

A Franco le gustaba el cine; además, se había creído el hombre aquello de Lenin de que «el cine es el arte de nuestro tiempo». De ahí que se hicieran en aquella época tantas películas, de las que la mayoría —a causa de la indomeñable picaresca española— se hacían para cubrir el expediente. Una buena parte de los insulsos protagonistas de aquellas películas de «estopa mascada», como decía Fernández-Flórez, corrieron a mi cargo. Eran personajes que oscilaban entre pretendidamente cómicos y galanes de comedieta. Llegué en aquellos años a ser como galán el más feo, y como actor cómico el menos gracioso.

El desaliento que esa situación me producía fue una de las razones que me movieron a dirigir y financiar —con mis escasos ahorros— mis propias películas. Luego, como director, tuve también encargos de otras productoras. A pesar de que mi labor en este terreno no es nada abundante, menos de veinte películas en treinta años, y de que ninguna de mis películas ha tenido un éxito clamoroso, no estoy decepcionado de la experiencia. De algunos títulos «La vida por delante», «El mundo sigue» y «El extraño viaje», me encuentro incluso satisfecho, aunque la primera tardase ocho años en amortizarse y no diera ni una peseta de beneficios, la segunda no llegara a estrenarse jamás en Madrid y la ter-

cera haya quedado como uno de los más claros exponentes del llamado «cine maldito». Pero he obtenido por ellas premios, elogios de críticos y de amigos, y eso es suficiente para satisfacer mi ya modesta vanidad.

En estos larguísima años de deficiente trabajo como actor de cine, tuve la suerte de que llegaran a mis manos espléndidos textos teatrales, «Mi querido embustero», de Bernard Shaw, «La sonata a Kreutzer», de Tolstoi, «El pensamiento», de Andreiev, y, poco después, en un cambio radical de género —cosa que siempre me ha tentado— el humor de las comedias de Alonso Millán. Me entregué a ambas tareas con la misma dedicación, el mismo entusiasmo, ya se tratara de interpretar la angustia del atormentado Tolstoi o la frivolidad del hedonista Alonso Millán, y ambas me proporcionaron la misma alegría cuando el resultado fue bueno.

En aquel tiempo al ministro de Información, que acababa de pedir diálogo, se le olvidó informarnos a unos cuantos de que no debíamos escribir una carta preguntándole si era cierto que en Asturias se torturaba a los mineros que protestaban; nosotros escribimos la carta, y al día siguiente casi toda la prensa del país se volcó contra los firmantes. A partir de ese momento, yo era rojo. Mi madre, encargada de coleccionar mis recortes de prensa, estaba aterrorizada. Yo no sabía qué hacer para destruir, antes de que ella lo viese, el trabajo de tantos gacetilleros injuriosos. Como resultado de aquello, en la Dirección General de Seguridad me pusieron mala nota, y durante muchos años, tener en regla mi documentación, salir de España, regresar a ella fue un verdadero martirio. En Radio Nacional y en Televisión prohibieron mi nombre durante algunos años. Como consecuencia de esto, tampoco se me podía contratar, hasta que tiempo después Armiñán consiguió que me levantaran el sambenito.

Se rumoreó que a los que habíamos firmado la carta, fuera el que fuera nuestro oficio, nos iba a resultar difícil encontrar trabajo. Recuerdo que entonces Emilio Romero me echó una mano encargándome la dirección de una comedia suya. En fin, todo esto que aún permanece en la memoria, algún día caerá en el olvido.

La década de los 70 fue mi mejor verano, un poco tardío, pues me llegó en pleno otoño. Un día, durante el trabajo, entre los árboles de la Casa de Campo, dentro de un coche de caballos, disfrazada de antigua, encontré a la compañera de mi vida.

Era joven, hermosa, alegre, pensativa. Le gustaba leer, quería trabajar en el cine, en el teatro, dirigir películas, escribir, cambiar el mundo. Quería ser libre, ser ella, y estaba sola y no quería estar sola. A partir de entonces, compartimos nuestros proyectos, confundimos nuestros recuerdos, trabajamos y esperamos juntos. Llenó la casa de risas, de bromas, de juegos, de amigos. Cuando ella podía tener de hospitalario, me lo entregó, procurando, con su gran instinto, resañar viejas heridas, y, con minuciosa delicadeza, no abrir ninguna nueva.

Como si todo hubiera de cambiar con su aparición, mi trabajo mejoró súbitamente. Me ofrecieron estrenar «Un enemigo del pueblo», de Ibsen y, aunque es cierto que amparado en ciertas circunstancias políticas, obtuvimos un gran éxito de crítica y público. Jaime de Armiñán, Víctor Erice, Carlos Saura me solicitaron para actuar en «El amor del capitán Brando», «El espíritu de la colmena», «Ana y los lobos», películas que en la intención y en el logro nada tenían que ver con las que me habían ofrecido, y yo había aceptado, en la etapa anterior. Es cierto que no todo salió bien en ese espléndido verano —para que pudiésemos apreciar más lo bueno—: un drama isabelino, «Los lunáticos», que preparamos con mucho amor, aunque conscientes de sus dificultades, no le gustó a casi nadie y fue un fracaso económico, nuestra casa voló por los aires por una explosión de gas, intercaladas con esas películas que he mencionado seguí haciendo algunas de las otras; pero también obtuve un premio en Nueva Delhi, otro en Praga y el de interpretación en Berlín por «El anacoreta», de Juan Estelrich. Sabiéndola a ella cerca, o lejos, pero en esta casa, o sintiéndola a mi lado, o aguardando que regresase de su trabajo, pero seguro de que había de llegar, escribí un drama, «La coartada», que ganó un accésit en el «Lope de Vega», y luego, una comedia, «Las bicicletas son para el verano», que obtuvo el premio. Y aunque a los autores agraciados no nos resulta fácil saber si el premio «Lope de Vega» es una gloria o un estigma, cuando a medianoche nos comunicaron la noticia —ella cogió el teléfono, nunca había visto tanto gozo en su mirada—, descorchamos una botella de champán, recorrimos la casa paseando a grandes zancadas, muertos de risa, saludándonos al cruzarnos, enhorabuena, enhorabuena, llenos los dos de la misma alegría.

Saco a colación esto de los premios, aunque sea inmodestia —que lo es—, porque aunque todos sepamos lo que tienen de lotería, de trapicheo, lo

cierto es que contribuyen a aumentar la seguridad en uno mismo, que tanta falta hace en estos menesteres, y les hace sentirse orgullosos a los amigos, que tanto interesa conservar.

Y llegó el año 80 y con él la realización de un antiguo proyecto que había diferido en espera de tener la edad adecuada: interpretar «El alcalde de Zalamea», de Calderón.

Nunca pensé que el hacer una gira teatral, una gira larga, como la que llevé a cabo con dicha obra, pudiera ser algo tan duro, tan trabajoso, incluso tan miserable a ratos. Supongo que, por un factor puramente económico, vivía yo mejor que los demás cómicos, y, sin embargo, se me hacían insoportables la suciedad, el abandono de los camerinos —cuando los había— (recordaba la definición de Jardiel: «Entrada al escenario: catacumbas malolientes»), la inevitable improvisación de los montajes, la asfixiante temperatura de los escenarios,

la lucha contra la amenaza de la amnesia repentina, las casi ciento cincuenta entrevistas para la prensa y la radio, necesariamente iguales, los inabarcables viajes, miles y miles de kilómetros en avión, en coche, en tren, en autocar, las interminables horas de soledad en el hotel para eludir la pertinacia de los «admiradores» —casi siempre coleccionistas de autógrafos sin álbum, sin papel, sin bolígrafo, sin colección— que acechaban y atacaban en las calles, en las cafeterías, en los cines, en los monumentos, en el camerino, y que si en muchos casos eran agradables, correctos, educados, en otros hacían gala de su impertinencia, rayana a veces en la agresividad, llegando al insulto.

Todos estos esfuerzos, estos dolores, tenían también sus compensaciones. Una de ellas, la que nunca abandona a muchos actores, el misterioso placer de incorporar el personaje, de sentirse invadido por él, en los mo-

mentos en que eso se consigue. Es éste quizá el único oficio en el que la alienación puede llegar a producir felicidad. Otra de las compensaciones era la económica. Para mí, en este sentido, el año 80 estaba resultando de vacas gordas. En eso pensaba antes de salir a escena, con eso intentaba estimularme, me decía: «Animo, Fernando, que estás bastante bien pagado. Y tienes que cobrar unos atrasos de trabajos hechos el año pasado, y además te corresponden derechos de autor por haber adaptado la obra, y acabas de firmar una película para hacerla durante el último mes de gira, alternándola con las representaciones. Todo eso es mucho dinero, Fernando. Y faltan pocos meses para terminar la gira —pocas semanas, pocos días, pocas horas—. Y en cuanto llegues a Madrid, unos días de descanso, y luego podrás llevar a tu compañera a Venecia, ese proyecto tan excesivamente aplazado, y al volver, si tienes la suerte de que no os salga a ninguno de los dos otro trabajo y de que las cuentas te hayan salido bien, quizá podáis dar la vuelta al mundo, que a ella le gusta mucho viajar, porque lo de irse a vivir a un chalet en el campo, por bien que se te haya dado el año, no es posible. Cuando más ganas tú, más caros ponen los chalés. (Hace tiempo caí en la cuenta de cuando me pagaban más por mi trabajo, no era porque hubiese subido mi cotización, sino porque había bajado la de la peseta.) De cualquier forma, Fernando, el dinero de este año es mucho dinero. No hay por qué quejarse». Así me motivaba para animarme a salir a escena, y no como recomienda Stanislavsky, lo confieso. Otra compensación era la ovación final cuando la sentía espontánea, prolongada. Eso siempre gusta. Y otra, quizá la más compensadora, la más entrañable, las cervezas y los whiskys y la charla y la cena apresurada con los compañeros de trabajo, ya fuera en restaurantes aceptables o en los tugurios malolientes que nos tocaban a veces y que no había vuelto a pisar desde los años del hambre o desde los tiempos de golfería nocturna.

En el mes de septiembre alterné el trabajo en la película de Gutiérrez Aragón «Maravillas» con las representaciones de «El alcalde de Zalamea» en diversas ciudades.

Y, por fin, terminé la película y terminé la gira.

A la vuelta a Madrid, mi compañera me abandonó.

Aquí termina mi autobiografía.

A partir de ahora empieza la autobiografía de otro señor. Ojalá me lleve bien con él. ■ F. F. G.

En la actualidad.

